

**APIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

JOSEP GARCÍA



►► Un grupo de turistas atiende a las explicaciones de un guía, ayer, en la calle de Portaferriça.

Guías turísticos hasta en 'skate'

Un guía montado sobre un *skate* en la plaza de los Àngels es el que hace que esta cronista anote que hay un nuevo artilugio desde el que se narra Barcelona. Se alarga así la lista de ingenios desde los que esta ciudad puede ser explicada. En el 2003, y procedentes de Alemania, llegaron los trixies: unos triciclo-taxis que tienen forma de coco. En el 2006, y desde San Francisco, apareció el Gocar, el cochecito amarillo que hizo de Barcelona un escenario a lo Austin Powers. Al poco tiempo, desembarcó el funky, una bicicleta con asientos parecida a los trixies, pero menos *fashion*.

Los artilugios se pusieron de moda y, por supuesto, convivieron con la bicicleta, que para ese entonces ya era «una alternativa *cool* y ecológica», así se anunciaba. Entonces, hubo un debate entre vecinos y ayuntamiento. Los vecinos se quejaban de la invasión de los artilugios. El ayuntamiento se mostraba preocupado por el uso intensivo del suelo. Han pasado seis años y los ingenios se han integrado a esta ciudad abigarrada que es Barcelona y el debate se ha acallado.

Dos ejemplos: la semana pasada, un cochecito amarillo recorría la Rambla. Desde la acera, se escucha-

ba una explicación que tenía que ver con la historia del Liceu. Nadie decía nada. El día en que las trabajadoras sexuales se manifestaron por el centro de la ciudad, un grupo de nórdicos circulaba por la calle de Sant Ramon en bicicleta.

Era una imagen neorrealista: los nórdicos pedaleando en un ecosistema nada turístico y un montón de mujeres gritando contra la modificación de la ordenanza que pretende eliminar a las prostitutas de las calles de la ciudad.

Un falso guía hizo creer a unos rusos que las torres de Sant Adrià eran la Sagrada Família

El guía que los conducía no sabía muy bien qué estaba pasando y los animaba a seguir sin demora. Los ciclistas le hacían caso. Los vecinos ni se inmutaban. ¿Qué explicaría ese guía? No se sabe.

En el registro oficial de la Generalitat se apunta que en Catalunya hay 2.500 guías aunque solo ejercen la profesión unos 400. En Barcelona, la cifra es de unos 200, 129 de ellos asociados a la Asociación Profesio-

nal de Guías de Catalunya (APIT). Para ser guía se necesita una acreditación otorgada por la Generalitat y que es imprescindible portar en museos. Aunque el decreto parece claro, deja al aire qué pasa en los lugares que no forman parte del patrimonio: La Rambla, un ejemplo. Las plazas, otro.

Cualquier guía oficial al que se le pregunte explica que un guía intruso hizo que unos turistas rusos creyeran que las torres de Sant Adrià eran los pináculos de la Sagrada Família. Maripaz Alonso es la presidenta de APIT. Ayer, antes de tomar un avión, explicaba a esta cronista que la crisis ha agravado el intrusismo. «Barcelona tiene una morfología especial y eso hace que muchos se atrevan a hacer de guías sin serlo». Alonso invitaba a esta cronista a visitar la ciudad junto a un guía oficial. «El problema es que los intrusos entorpecen el tráfico y generan esa sensación de masificación. El ayuntamiento es el que lo permite porque otorga licencias. Es increíble el afán recaudatorio», decía.

Tras escuchar a Alonso, esta cronista se encontraba a un guía con un grupo de turistas británicos en la calle de Joaquim Costa. Se detenía a escuchar. El hombre explicaba que en el número 29 había nacido Enriqueta Martí, la *Vampira*. Esta cronista tenía ganas de decirle que la tal Enriqueta nunca fue vampira y que esa es una leyenda falsa. El hombre iba a pie, no entorpecía el tráfico, pero sí la historia de Barcelona. ≡



apiedecalle@elperiodico.com